

DIRECTORA:
SARA CASAL Vda. DE QUIROS
Apartado 1239
Teléfono 3707

OFICINA mi casa de
habitación
BARRIO: La California
Av. 1ª Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica
Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción Mensual

— de —
cuatro números

₡ 1.00

AÑO XII

San José, C. R., Domingo 2 de Abril 1944

No. 590

Romance

— de la —

Pasión



Por Fray Paulino de la
Estrella

Aquí te veo postrado,
lavando los pies a Judas;
pero no basta esta acción
para que Tú le reduzcas,
Allí te veo en el huerto
lleno de pena y angustia,
orando al Padre, que pasc
de ti el caliz de amargura.
Aquí veo que vās preso,
atado con sogas duras,
cual llevan a un malhechor,
con mil afrentas e injurias.
Allí te veo amarrado

de mármol a una columna,
tan crudamente azotado,
que el cuerpo te descoyuntan.
Coronado aquí te veo
con setenta y tantas puntas
con corona sin cruz
es cierto que no hay ninguna.
Aquí te veo cargado
en la calle de Amargura
con el peso de la cruz
y de penas y de angustias.
Allí te veo clavado
en una cruz por mis culpas;
que son hierros más que hierros,

porque son graves y muchos.
Aquí te veo baxado,
después de muerte tan cruda,
en los brazos de tu madre
en lamentable figura,
Allí te veo llevado,
al sepulcro, o sepultura;
y tu madre te acompaña,
aunque está casi difunta.
Aquí te pido, Dios Mío,
aquí donde a todos juzgas,
que no me juzgues a mí
como merecen mis culpas.



Semana Santa

Cuántas reflexiones nos sugiere el pensar en la semana que llamamos los católicos SANTA porque en ella se revive las escenas dolorosas del Calvario. Muy diferente se pasan hoy día esos días santos a los que pasaban nuestros antecesores que eran católicos de verdad. Toda la cuaresma ayunaban, hacían sacrificios, oraban y pedían a Dios misericordia para alcanzar el perdón de las ofensas que continuamente se le infiere. Esos viejos sí realizaban lo que es ser verdadero cristiano, amaban a Dios con todo su corazón, respetaban su Santa Ley y el Evangelio era su norma de vida. Eran sencillos, humildes, laboriosos y vivían constantemente en la presencia de Dios. Jamás hubieran dedicado esos días de cuaresma a diversiones mundanas y menos la Semana Santa. Hoy día ni siquiera se acuerdan de que están en tiempo de cuaresma, o sea, dedicar cuarenta días como lo hizo Jesús, a orar, para alcanzar fuerzas para sufrir, a hacer penitencia para enseñarnos a hacer lo mismo... Hoy día en lo único que piensan los mundanos es en divertirse, en bailes, fiestas, y los más en ir al cine, ese cine in-moral que es la causa principal de la relajación de las costumbres y de toda la inmoralidad reinante. Porque indudablemente, vivimos en pleno paganismo, divertirse y más divertirse... eso es lo esencial...

Y si queda algo de apariencia religiosa, es por costumbre y porque no se diga que no somos católicos; van a misa... pero a la misa de moda, en la que no es posible tener recogimiento, ni pensar en que el Santo Sacrificio rememora el Sacrificio de la Cruz, que real y verdaderamente en el Altar está Nuestro Señor, ofreciéndose El mismo como víctima otra vez, para alcanzar perdón y misericordia para sus hijos.

Dios es todo amor y misericordia... pero

es tanto lo que se le ofende que llegará el día que pasará lo que ha pasado con esas ciudades que lo ofendían y no temían su ira divina... Sodoma y Gomorra, y tantas otras que fueron sepultadas por cataclismos, por erupciones volcánicas. La guerra es un castigo mundial, y vendrán otras calamidades terribles como la carencia de alimentos, la ruina de los sembrados, etc. Nos decía una señora que acaba de llegar de los Estados Unidos, aquí no se siente la guerra, ustedes no sufren, viven sin privaciones. Y nosotros pensamos ¿será porque somos unos angelitos? ¿será porque aquí no se ofende a Dios? ¿será que somos tan ejemplares que no merecemos ningún castigo?

Nada de eso, aquí se ofende tal vez más que en ninguna otra parte, porque hasta los buenos son tolerantes con las ofensas a Dios, la indiferencia e inconciencia reina en todos los corazones.

Son pocos, relativamente pocos, los que viven en la presencia de Dios... y no se diga que todo eso es hipocresía de beatas... no, día vendrá en que llorarán e implorarán a Dios y será tarde, la justicia divina, caerá sobre todos aquellos que vivieron pensando solamente en vivir para gozar.

Por dicha que siempre quedan almas buenas... humildes... que imploran constantemente el perdón de las ofensas y la misericordia divina y tal vez por esas almas no nos llegaran castigos tremendos.

En estos días santos, que piensen los que viven una vida completamente pagana, que no son animales, que tienen un alma que salvar, y que cuando menos piensan les sorprende la muerte y para ese momento supremo hay que estar listos porque el viaje es eterno y la cuenta es muy estricta.

Sara C. vda. de Quirós

Ante el Sepulcro de Jesús

En aquel lugar donde había sido crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto alguno. (San Juan, c. 19, v. 41).

No recatan las venerables y veneradas piedras su semblante. Jamás. Están allí, sobre el mismo lugar en el que antes había un huerto, para decirle al mundo sobrecogido de fe y de emoción, la verdad luminosa de una doctrina, que más que sobre la vida se hizo sobre la muerte. A compás de los años, por el paso de las centurias, el sepulcro nuevo se ha hecho viejo y a los brazos implorantes de Juan y de María, de la Magdalena, y del de Arimatea y de las demás mujeres llegadas de Galilea con los ojos enrojecidos por las lágrimas en los días gloriosos y horribles en que fué muerto Jesús, el nacido de Nazaret, han sucedido los brazos implorantes, contorsionados en súplicas místicas de la cristiandad entera, que en las piedras milenarias, desgastadas al roce de las frentes de los creyentes, en que descansó el Crucificado, más que alumbradas hoy por lámparas vótivas, llenas de luz e ideal, ve el fervor de las almas, el humano sacrificio de quien quiso deshumanizar a los seres, porque esta vida terrena, con instinto y de materia, no es sino tránsito a otra más celestial.

Palestina entera, siendo muy real, está envuelta en un ambiente de irrealidad: sus ca-

minos y sus poblados, lo yermo, y lo habitado, vive más que una vida de presente, de pasado, porque lo que se ve, aquello que llega a los ojos de los humanos, se desvanece entre la neblina dorada del ensueño. Pero Jerusalén es más; es el recuerdo asomándose al recuerdo, prendido a sus muros y a sus torres, yacente entre ruinas y entre sus escombros, recuerdo divino que sutiliza la divinidad del alma, que va alzando su vuelo entre rumores de rezos y palpitaciones de campanas, recuerdo envuelto en penumbras, en silencio, y en esa melancolía inefable que embriaga suavemente.

No es, así y todo, Jerusalén entera la que hace vibrar el alma del creyente de la misma manera. La puerta de Sión, la tumba de David, el valle del Cedrón que abisman la memoria en toda una historia santa, no conmueven el ánimo, no sobrecogen el pensamiento con una impresión de dolor, de imágenes de luto y de duelos eternos, como el jardín de Getsemaní, la casa de Pilato, y la calle de la Amargura.

La ciudad callada de Jerusalén, llena de una vida misteriosa y de atmósfera mística, caída bajo la sombra de sus altos paredones, aplastada por el peso de su sino fatal y de un signo de destrucción, es lo que mejor y más alto habla de una grandeza y de una renunciación, los dos nobles, los dos fuertes ideales de los espíritus recientemente católicos, que son gozo inefable de quienes sienten lo grande de una religión, y por ella sabe renunciar a cuanto es de sobre la tierra. Jerusalén no es un paraíso ilusorio; es más, es el cálido recuerdo de los días que acabó una existencia, que al hacerse humana buscó sólo deshumanizar el sentimiento de los seres, a los que, ayer como hoy, se debe llevar a pensar en algo más duradero que este tránsito carnal, corto y amargo siempre.

Los lugares santos, escalones del drama que ha hecho a los hombres mejor de lo

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada joyería, donde encontrará usted: Relojes de las mejores marcas, joyería finísima y artística.

Preciosos regalos para bodas

que eran, que hirió de luz las tinieblas de muchas conciencias, que enterneció de caridad la dureza de muchos corazones, tienen toda su fuerza de emoción frente a las piedras veneradas de la tumba santa, plena de recuerdos a la sombra de las torres y de los domos, de los altos muros y de los enormes bloques. El sepulcro en que descansó Jesús llenó de un aliento místico, no sólo a la ciudad más envuelta en divinas memorias, sino al mundo entero, que palpita conmovido, porque parece sentir pesar sobre sus almas la sombra del gran dolor del que murió por amar demasiado a sus semejantes. No es allí el que que se respira un hálito mortuario, es un aroma sepulcral divino y divinizado por las frentes de los que se inclinan, por las preces de los que rezan, por las lágrimas de los que imploran, rumor constante que parece querer llegar al cielo por la escala luminosa del milagro.

¡Lámparas vótivas, ante las piedras sagradas, en la perpetua penumbra, en la perpetua tristeza, en el perpetuo nacer y morir de los días! ¡Lámparas vótivas que han encendido, con el alma de rodillas, cien generaciones que han sentido la miseria de este humano vivir! ¡Lámparas votivas de luces que hacen indecisas las nubes de incienso! Ellas, aisladas en las sombras de la ciudad callada, hablan a la cristiandad con su gravedad y con su melancolía, de la vida eterna, como es su llamear, que se acaba; de la vida eterna, como son sus res-

SIMPLICITY
EL PATRON MAS EXACTO
EL MAS ELEGANTE
LO ENCONTRARA USTED EN LA
TIENDA DE DON NARCISO

plandores, que no se extinguen. Los cuerpos salen de las tumbas cuando reciben el aliento del milagro, o se disuelven en las tumbas si son seres hechos del limo humano. El espíritu, que es la luz, no muere; es algo que queda del que se fué, y es faro que sirve de guía al que viene. Si; el cuerpo de Jesús salió al tercer día de entre las piedras en que le colocaron amantes manos.

Fué el milagro hecho en sí mismo por el que había sido de ellos tan generoso. Su cuerpo voló al cielo, pero un cuerpo de llamas es hoy el recuerdo constante de que Jesús resucitó, y fué a sentarse a la diestra de su Padre.

El Sepulcro Santo, fin de una vida y cuna de otra, es todo en Jerusalén la Santa, que vive silenciosa, llena del recuerdo de sus recuerdos y como recogida en su angustia divina, angustia de la que no se escapa un grito ni un murmullo....

Almacén LUIS OLLE

VENTAS AL POR MAYOR

Teléfonos 4596 y 3227

Apartado 443

EXTENSO SURTIDO DE ABARROTES

GALLETAS - ACEITES - ALIMENTOS PARA NIÑOS

AL PRECIO MAS BAJO DE PLAZA

Costado Oeste del Banco Nacional

El Crucifijo

Alfonso de Lamartine.

De su labio expirante,
sumida el alma en aflicción profunda,
te recogí convulso y delirante,
signo dos veces para mí sagrado;
don de una diestra amada y moribunda,
imagen de mi Dios crucificado,
Tus pies, que humildemente adoro,
cuántas veces regó mi amargo lloro
desde el momento cruel, nunca olvidado,
en que ya inútil en las manos frías
de aquella mártir, que por siempre admiro
trémulas estrechábante las mías,
aún empapado en su último suspiro!

Con lánguido desmayo
despedían los fúnebres blandones
de su muriente luz el postrer rayo;
el sacerdote, con piadoso acento,
recitaba las santas oraciones
de son tan dulce y apacible y lento,
cual la canción del maternal cariño
que adormece en la cuna al débil niño.
En su pálida frente, siempre hermosa,
la esperanza brillaba luminosa;
y a la belleza de su rostro inerte
el dolor fugitivo
le daba melancólico atractivo
y soberana majestad la muerte.
Ondulaba su suelta cabellera
robando o descubriendo a mi deseo
su idolatrada faz, aún hechicera,
cual sombra de un ciprés que obscureciera
un blanco mausoleo.
Un brazo, inanimado,
inmóvil, sobre el lecho reposaba;
el otro, blandamente desplegado
sobre el exhausto pecho moribundo,
por llevar a los labios se esforzaba
la efigie, que ella sin cesar besaba,
del Redentor del mundo.
En aquel beso de ávidos anhelos,
voló su alma a los cielos!
Así, cuando consume
el incendio la llama abrasadora,
antes de que lo inflame, su perfume
se desprende sutil y se evapora.

Muda estaba su boca y sin aliento;
no daban ya pausado movimiento
a su seno los últimos latidos
y extinguida la luz de sus miradas,
velaban sus pupilas apagadas
los párpados caídos,
Abriendo los espantados ojos,

por secreto pavor opresa el alma,
inmóvil contemplaba los despojos
de aquel ser adorado
cual si la muerte, con su augusta calma,
la hubiera para mí santificado.
El sacerdote comprendió mi anhelo;
con amoroso celo
arrancó de su diestra el crucifijo,
y con voz de apacible bienandanza:
"¡Juntos, mira, el recuerdo y la esperanza!
¡Para ti son!", me dijo.

¡Siempre te guardaré, triste legado!
El árbol que mis manos han plantado
junto a su tumba fría,
siete veces las hojas ha cambiado,
y en ti clavo los ojos todavía,
sobre mi pobre corazón herido,
guardado noche y día,
tú lo librarste del traidor olvido,
y en amargas querellas,
imprimieron mis lágrimas sus huellas
en tu duro marfil reblandecido.
¡Último confidente de su vida!
¡Ven sobre el corazón! Dí, ¿qué te hablaba
cuando su débil voz casi extinguida
tan sólo a ti llegaba?
En esa hora dudosa,
cuando invade la noche tenebrosa
el alma, que con ella en vano lucha,
y cediendo a la muerte que la acosa
ya los adioses últimos no escucha,
y cual fruto en la rama ya maduro,
que, desprende el más leve movimiento,
tiembla a cada latido, a cada aliento,
sobre el abismo obscuro
suspendida de un hilo mal seguro;
cuando lloros, ni cantos, ni oraciones,
despiertan nuestro espíritu dormido,
dispensador de los celestes dones!
¿qué nos dices entonces a oído?
Para alumbrar el tránsito medroso
y a tus reinos felices
abrirnos el camino luminoso,
¿qué nos dices, Dios mío; qué nos dices?

¡Oh, Tú sabes morir! Tu acerbo llanto
bano de los olivos las raíces
en la funesta noche aterradora,
cuando gimiendo, trémulo de espanto,
piedad pedías a tu Padre santo
del ocaso a la aurora.
Desde la cumbre de la cruz el triste
misterio de la muerte claro viste,

contemplaste a tu madre sin consuelo,
temblando el mundo y enlutado el cielo;
y al caer sobre ti la sombra obscura
dejaste cual nosotros —suerte dura—
a tus amigos en el bajo suelo
y tu cuerpo en la negra sepultura.

¡Oh Dios!, por la memoria de aquel día,
permite que en tu seno mi agonía
halle el consuelo de sus penas graves;
y cuando exhale mi postrer aliento,
recuerda tu suplicio y tu tormento,
¡oh Tú, que morir sabes!
En tu imagen sagrada
el sitio buscaré donde angustiada
ella exhaló la eterna despedida,
y bajará del cielo su alma pura
para llevar mi espíritu a la altura
donde gocemos la perpetua vida.

Ojalá entonces, junto al triste lecho,
vea yo melancólica figura,
cual ángel amoroso y resignado,
que recoja, inclinándose, en mi pecho
el fúnebre legado!

El, cuando llegue su postrer instante,
dé también a su espíritu anhelante
la paz que el justo alcanza,
y uniendo en la aflicción seres queridos,
como prenda de amor y de esperanza,
pase de mano en mano entre gemidos,
hasta que, estremeciendo
las tumbas, suene con fatal estruendo
la voz que ha de anunciar la última hora,
y al clamor, siete veces repetido,
despierten del reposo y del olvido
todos los que a la sombra bienhechora
de la sagrada Cruz se hayan dormido.

A María al Pie de la Cruz

I

Es tarde.. y las estrellas a la tierra
aún no envían su luz!

Qué sola está María en el Calvario
llorando ante la cruz!

Expiró ya Jesús. Sus santos labios
dijeron con dolor:

“Padre mío, por qué me desamparas?”

Las tinieblas envuelven la montaña.
La noche avanza ya.

Sólo se oye el gemido de una madre
que ante la cruz está.

Madre amorosa, Virgen la más pura,
la madre de Jesús.

Su mirada está fija en la Hostia Santa
que se ofreció en la Cruz

Es su hijo, es Jesús! Dulces recuerdos
de vida y luz de Edén

piensa María; las caricias dulces
del Niño de Belén.

Mas, ¡pobre Madre! A ese hijo tan amado
en el madero ves,
difunto, coronado con espinas,
taladrados sus pies.

Los ángeles cantaban: “Aleluya!
Gloria en el cielo a Dios.”

Los cantos se han trocado hoy en gemidos
que dicen: “Dios murió”.

—No hay siquiera un mortal que compasivo te
venga a consolar?

Qué sola está María en el Calvario
ante el sangriento altar!

II

Anochece. A lo lejos se ven en el Calvario
sombras a las que el viento parece disipar.

Se acercan a la cumbre, divisan a María
que ante la Cruz del Hijo no cesa de llorar.

Llegan.. ante el madero la escala colocaron.
Suben.. las santas manos ya desclava José.
Descienden a Jesús difunto y desangrado.
Pobre Madre que al Hijo en tal estado ve!

Ponen en su regazo la prenda tan preciosa.
Las llagas, las heridas, las besa sin cesar.
Qué tristes los coloquios que aquella tierna Madre
sostiene con el Hijo que en sus brazos está!

Ocultá ya a Jesús la blanca piedra.
La Madre del dolor,
su corazón herido y angustiado,
ya no ve al Redentor.

Entonces corre al monte. En él tan sólo
puede al madero ver.

solitario. A su sombra, línea pura,
va transida a caer.

Allí mirando hacia el sangriento suelo
una morona vió.

La corona de espinas que las sienes
del Hijo atravesó.

A su pecho la estrecha con ternura
corona de dolor.

Es que aquellas espinas tienen sangre
del Hijo de su amor!

Qué triste envía el astro de la noche
su fría y blanca luz!

Qué sola está María en el Calvario!
Qué sola está la Cruz!

NOVELA

—Desde luego, tía... No la tiene...—
corroboró el muchacho.

Sus ojos azules buscaron los míos y ambos tratamos de recuperar la debida compostura.

—Deploro sinceramente lo sucedido—murmuré—. Si no me necesitan ya, desearía retirarme lo antes posible. Uno de mis hermanos se encuentra enfermo y espera mi pronto regreso.

Al acabar de hablar, comprendí que había cometido una imprudencia. ¡Cualquiera creería que, teniendo la conciencia poco limpia, deseaba escabullirme!

—¡Pero, señorita Nespral! Naturalmente que la necesitamos a usted... y espero que no se negará a acompañarnos a la casa Damonix...

—¡Oh, claro! Estoy a las órdenes de ustedes...—murmuré.

—Pues haga el favor de pasar al saloncito mientras mi ahijada y yo nos arreglamos. Le acompañarán "estos señores"...

Y acentuó las últimas palabras, deseando sin duda hacerme comprender que su sobrino Carlos únicamente podía ser en mi vida "un señor"; pero no precisamente "el mío". En cuanto al otro, el alto rubio de ojos escrutadores, poco podía importarme que me obligasen a hablarle en tercera persona...

De nuevo pude contemplar la pecera cristalina, llena de rojos y escurridizos anfibios, las cortinas color humo y los extraños cojines.

—Me siento profundamente disgustado, chiquita—murmuró el joven cuya amistad me estaba prohibida—. Mi tía Elena debería no volver a ocuparse de la mariposa, si con ello te causa un trastorno... ¿Puedo preguntarte dónde pensabas ir al marcharte de casa?

Sin preocuparse poco ni mucho del otro hombre, habíase apoderado de mis manos.

—¿Te esperaba... alguien?— insistió.

—Acabo de decirlo... Uno de mis hermanos se torció ayer un pie y yo deseaba acudir pronto a su lado...

—¡Vaya por Dios! ¡Y tía Elena te estropea el plan! No te enfada mi curiosidad, ¿no es cierto? Ya sabes que... Tú ya lo sabes, ¿no?

En otra ocasión hubiese respondido entre sonrisas que lo ignoraba todo, y él no hubiera tenido más remedio que hacerme una declaración en toda regla. Pero hallándome en el saloncito de su tía, bajo la mirada del hombre rubio, me limité a suspirar:

—No puedo explicarme lo que ha sucedido con la mariposa...

—Si el modisto la envolvió en el paquete, allí debería seguir, ¿verdad?—terció el llamado Eduardo, desviando los ojos de la contemplación de los peces para fijarlos en mí.

—Efectivamente—contesté irguiéndome—. Pero no está y yo no me la he quedado.

Rióse, divertido, el alto caballero.

—Naturalmente, señorita—replicó—. Su carita no denota pertenecer a una ladronzuela de mariposas. Por cierto...

Lo que iba a decir, quedará siempre envuelto en el mayor de los misterios, porque la entrada en la estancia de las dos damas interrumpió la frase.

Cubríanse ambas con magníficos abrigos que anteriormente había yo lucido en el salón de exhibiciones de la casa Damonix y dado lo avanzado de la tarde no se pusieron sombrero, por lo que sus rojizas cabezas mostraban brillantemente su simétrica ondulación.

—Lamento dejarlo, Eduardo—se disculpó la Marquesa, tendiendo la mano a su amigo, que la besó correcto—. Pero, de todos modos, nos veremos esta noche en el teatro.

Interrumpióse, dirigiéndose a su sobrino, para continuar:

—Acompaña a Eduardo, hasta que desee regresar a su hotel.

—¿Y no podríamos presenciar ambos tu entrevista con ese monsieur Damonix, tía Elena?—preguntó el muchacho.

—¡No digas bobadas, Carlitos!—reprochó Julieta con rapidez.—Esto es cosa de mujeres...

—Sin embargo—insistió él—, puede ponerse tonto el tal modisto y...

—¡Se guardará muy bien!—interrumpió la Marquesa.—Estaría bonito que no contento con haber confiado mi joya a quien no sabe cuidarla, pretendiese alzarme la voz...

—¡Pero, señora!... —protesté.

—Venga y no argumente, señorita. Adoro las cosas rápidas... *Au revoir*, Eduardo... Hasta luego, sobrino...

Carlos estrechó mi mano con efusión, asegurándome:

—Iré a buscarte cualquier día de éstos, Rosina querida... ¿Cómo podía yo imaginarme que mi tía compraba sus galas al modisto que tenía en su casa la más admirable y deliciosa maniquí de la tierra?

—Suprime discursos, muchacho—interrumpió nuevamente su tía—. Son cerca de las nueve.

Seguí a las dos mujeres después de responder con una ligera inclinación de cabeza al saludo del hombre rubio, cuya clara voz preguntara un rato antes: "¿Será de fiar?"

¡Preguntar eso de mí, hija del honrado Luis Nespral, una Armena por parte de madre y sobrina del barón del mismo título, el asombroso e ilustre narrador de aventuras, novelista formidable!

No despegué los labios durante los pocos minutos que tardó el soberbio automóvil de la Marquesa en conducirnos a nuestro punto de destino. Descendí la primera para ayudar a la dama, y el diablillo maligno que dentro de mí llevo, obligóme a dejar a Julieta, que esperaba mi apoyo con la mano extendida.

—¡Crearás tú que no he notado que estás loquita por el sobrino de tu madrina!—mur-

muré en mi interior.—Y lo mismo que sé eso, he comprendido que tienes celos de mí, orgullosa pelirroja".

Muebles futuristas, frisos en las paredes, más futuristas aún, y en el ambiente una mezcla de perfume árabe y rosas de té.

Monsieur Damonix —*Rcbes, Manteaux*— precipitóse al encuentro de la Marquesa, doblando el espinazo hasta casi besar el suelo.

—¡Oh señora —Marquesa! Lamento... ;oh, señorita... , lamento mucho... mucho... muy mucho...

El untuoso modisto, de cara fofa y calva brillante, pretendió deshacerse en excusas.

—Ya, ya. Lamenta usted lo ocurrido. Ya me lo figuro. Lo extraño sería que pesando sobre usted un asunto como este, estallase de júbilo... No prosiga, por favor, y vayamos a lo que importa. ¿Ha buscado usted la mariposa?

—¡*Naturellement*, señora Marquesa— La he buscado para tranquilizar mi conciencia, pero realmente yo sabía que no podría hallarla...

—¿Y eso?—inquirió la dama, arqueando las cejas.

—No podía hallarla, porque la mariposa se encontraba en el paquete que la señorita Nespral...

—Bueno, sí... Pero al desenvolver el sudicho paquete, la joya no estaba...

—¡No es posible, madame!

—Completamente posible, Damonix...

—Entonces...

Volvióse hacia mí, estupefacto.

—Pero mademoiselle... señorita Rosina... Yo le dí... yo le entregué...

—Sí, en efecto; usted me entregó un paquete muy bien envuelto del que no era fácil que cayese la mariposa.....

—¡Claro que no!

—Por lo tanto, si la mariposa no estaba al abrirlo, tampoco se encontraría antes...

—A no ser que alguien lo haya desen-

durante el camino—intervino Julieta desmayadamente.

Enrojecí, respondiendo altiva:

—Pero eso no ha sucedido, porque ni un instante lo he soltado de las manos.

La necia muchacha volviómela espalda insolente, poniéndose a contemplar los frisos de la pared a tiempo que murmuraba:

—Sí que eso es raro...

—Bueno: entendámonos... —ordenó la Marquesa—. Pero ante todo, Julieta, hazme el favor de sentarte. Tus paseos me crisan... "Esto" es cómodo, aunque ignoro si se trata de una sombrerera, una lámpara o una camita de operaciones. Toma asiento en ello y no se te ocurra balancear las piernas, por favor...

Sentáronse ambas damas, en tanto que Damonix y yo permanecíamos de pie ante ellas como dos criminales ante el juez que ha de juzgarlos.

—Mi mariposa ha desaparecido... No se trata de una joya fastuosa... Es bastante buena; pero no posee demasiado valor... Sin embargo, de ningún modo me resigno a perderla, naturalmente. Alguien se ha quedado con ella o me la ha extraviado... No quiero ofender, mas reconozcan ustedes que podría hacerlo... Como odio la publicidad y el jaleo, pongo en sus manos el asunto, Damonix

Dentro de quince días regresaré de un viaje que me propongo hacer. Si de aquí a entonces nada han logrado ustedes, me veré obligada a llevar el asunto a la policía...

—¡Por Dios, señora Marquesa!—gangueó el modisto—. ¡Usted no piensa en el crédito de mi Casa!

—Y usted no recuerda que se trata de un broche que, si no representa una fortuna, a mí me gustaba mucho y vale, desde luego, varios centenares de pesetas...

—Sí, recuerdo, señora... *Naturallement* que recuerdo... Lo más verosímil es que la señorita Nespral lo haya extraviado... pondremos un anuncio en los periódicos, ofreciendo una recompensa a quien lo encuentre.

—Perfectamente. Mas si no lo hallan dentro de quince días...

—Esperemos que no haga falta, señora Marquesa...

La dama habíase puesto en pie, en tanto que su ahijada hacía lo propio, y sin apenas dirigirme una mirada, abandonaron el salón.

Me despojé del sombrero nuevo, que tan malísima suerte me diera, y acercándome al balcón retiré la cortina de encaje malva que lo cubría.

—¡Menudo disgusto!—exclamó detrás de mí la voz fuerte de Alicia.

—¡Querida mía!—dije contenta—. ¿Cómo tú aquí a estas horas—

Supe por Damonix lo sucedido y decidí esperarte, por si en algo te podía servir.

—Tú siempre tan buena, Alicia...

Era ésta una muchacha exageradamente alta, de cabello rubio, muy liso, rostro pálido, sin rastro de pintura y ojos ligeramente oblicuos. Sin ser bello, nunca pasaba su rostro inadvertido por los rasgos poco vulgares que le daban carácter.

—Te veo en la calle, pequeña—murmuró compasiva.

—Eso mismo estaba yo pensando—respondí con desaliento—. Y dime tú si después de esto querrán admitirme en otro sitio análogo, lo único a que puedo aspirar, puesto que no sé hacer más cosas que dar lánguidos paseos en un salón de exhibiciones.

—¡Veamos, señorita Nespral!—era la voz del modisto—. ¿Cómo se las ha arreglado usted para perder la joya?

Movíase su enorme papaca a impulsos de la indignación y sus ojuelos color uva parecían desear talararme.

—Pero si yo...

—Usted ha tendo que extraviarla, pues que de otro modo nadie se explicaría su desaparición... Y comprenderá usted, mademoiselle Nespral, que esto me indigne y enfurezca... No puedo creer que usted la haya robado...

—¡Naturalmente! —exclamó indignada mi compañera.

No sé lo que sucedió después. Sólo recuerdo que mis nervios “se destaparon” y que todas las cosas desagradables que hubiese querido decir a la Marquesa, a su necia ahijada y al joven dios, se las dije al modisto.

Veinte minutos más tarde, con el malhadado sombrero completamente torcido, subía las escaleras de mi casa.

II

EL HOGAR DE ROSINA

El piso de mi madrastra, con la que yo vivía por no separarme de mis hermanitos, era muy reducido, pero alegre y simpático. Un diminuto “recibimiento”, un comerdocito, la cocina y tres alcobas, componían todas nuestras posesiones, que yo procuraba embellecer, adquiriendo cuantas chucherías se hallaban al alcance de mis ahorros.

—¡Hola, Rosina! —saludó mi hermano Gonzalo, tendido en la cama turca que ocupaba uno de los ángulos del vestíbulo—. ¡Qué tarde has venido! ¿No me traes nada?

—¡Vaya si traigo, hijito! —respondí, todavía acalorada—. ¡Un disgusto morrocotudo!

—¿Puede saberse? —inquirió mi madrastra en el tono de pocos amigos que siempre empleaba para dirigirse a mí.

Mi hermano Fernando, el mayor de los dos —un mozalbete de catorce años— levantó los ojos del cuaderno en que escribía, tumbado en el suelo sobre una pequeña alfombra su robusto cuerpo y contemplóme con curiosidad.

Con el mismo tono en que un general participaría a otro la pérdida de una gran batalla, exclamé yo:

—¡Despedida!

—¡Cómo, Rosa! ¿Qué estás diciendo? —

gritó mi madrastra, cerrando la puerta con un rotundo golpazo.

—Que Damonix acaba de ponerme de patitas en la calle.

—¡Muy bonito! ¡Pero qué bonitísimo! ¿Qué habrás hecho tú? ¡Algún coqueteo con el marido de una cliente, como si lo viera!

—No digas bobadas, Adela... —repliqué impaciente.

—¿Qué has hecho entonces, criatura? ¿Por qué razón te mandan a paseo como a un trasto viejo? ¡Ya le diré yo a ese Damonix más de cuatro cositas en su cara de cerdo!

—Déjate de amenazas y procura serenarte, puesto que ya no tiene remedio... Según Damonix, he perdido un broche de brillantes de una de sus clientes... y como yo me sentía muy furiosa esta tarde, he anticipado al modisto las cuatro cositas que tú pensabas decirle. ¡En total, tengo la calle para correr.

—Y para buscar otro empleo, me figura, porque no pretenderás que yo te mantenga... En los estudios de mis hijos se me va todo el dinero y no es mía la culpa de que tu padre muriese dejándonos una miseria, que durante tu infancia has consumido. No me llamarás cruel, porque deseo lo mío para tus hermanos.

No le respondí. Tenía la boca completamente seca.

—Contesta, niña, ¿qué vas a hacer?

—Pienso buscar empleo, naturalmente —contesté, una vez despojada de abrigo, sombrero y guantes— pero temo que me resulte difícil encontrar. Damonix no puede dar buenos informes de mí... Figúrate una muchacha que no contenta con haberle perdido una joya confiada a su custodia, se atreve a darle gritos llamándolo “reluciente hombre gordo” y otras mil cosas por el estilo... Después de haberle apuntado mi dirección por si me necesita para el asunto de la dichosa alhaja, he hecho un mutis tan olímpico que sin duda enorgullecería a mi egregio tío, el barón de Armena.

(Continuará)

Romance del Dolor

Almas tristes, silenciosas,
peregrinas del amor,
que vais caminando a ciegas
entre el duelo y la traición,
sobre campos sin verdura,
bajo un cielo sin color,
desoladas y dolientes
como una puesta de sol...
mirad que ya habéis llegado
al alcázar del Dolor,
donde el rosal del martirio
brota flores de pasión.

Aprended, almas errantes
que vais caminando en pos
de un lucero que os enseñe
el fin de vuestro dolor...

Aquí se guarda el recuerdo
del más triste corazón
punzado por las espinas
del odio y el deshonor,
injuriado por los hombres
y herido por la traición.

La inocencia se hizo sangre,
la santidad fué dolor,
la mansedumbre fué oprobio
y la caridad baldón,
del Nazareno, cayó,
de una corona de espinas,
el acero punzador;
un largo manto de púrpura
de sus hombros se colgó,
y una caña fué en sus manos

regio atributo burlón.

Almas tristes, silenciosas,
peregrinas del amor,
que vais caminando a ciegas
entre el duelo y la traición...
¿Qué sabéis de la amargura
de la hiel ni del rencor?
¿Qué son vuestras soledades?
Vuestras angustias, ¿qué son?
Hubo un dolor en el mundo
que fué vuestro Redentor:
el que vive en el misterio
del alcázar del Dolor,
donde el rosal del martirio
brota flores de pasión.

José Montero.

No tengo tiempo de ocuparme en Religión

Sin embargo de ello, la religión es eterna, y los que no se han preocupado aquí bajo en ella, lo ignoran todo. No tenemos el derecho de *tratar la religión como una cantidad despreciable*, como un negocio accesorio, como un cero colocado delante de la unidad. ¿Por ventura somos hombres, si ignoramos lo que somos, de dónde venimos y adónde vamos, o si, sabiéndolo, vivimos como si no lo supiéramos? Decía que no tenéis tiempo de ocuparos en religión. Veamos. ¿Estáis más agobiados de trabajo que el rey *San Luis*, que tenía que gobernar un gran reino? Se le reprochaba el consagrar demasiado tiempo a las prácticas de piedad y descuidar por ello los asuntos de Estado; mas él respondía: "Si pasara tanto tiempo cazando y divirtiéndome, como tantos otros lo hacen, nadie pensaría en lamentarse de ello". ¿Estáis más agobiados de trabajo que *Lamoricière*, que mandaba las tropas del Papa? Cierta día, le recitó Pío IX un texto de San Agustín; el General acabó la cita, y lo mismo hizo con otro texto de San Ireneo. Asombrado Pío IX, le preguntó: "¿En dónde habéis estudiado, General, los Santos Padres?"—"En campaña"—respondió

Lamoricière— no siempre se bate uno, y yo dedicaba el tiempo libre a esta lectura, que siempre ha tenido para mí grandes embelesos". No tengo tiempo de ocuparme en religión.

Pero la religión no es cosa supreflúa. *Tenéis necesidad de ella*. ¿Estáis acaso al abrigo de la tentación y del dolor? ¿No tenéis tentaciones que combatir, desgracias que prevenir, hijos que educar, muertos que llorar? Por grande que sea vuestra prosperidad actual, estáis a manera de las eventualidades del mañana: la muerte de un

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODO!

PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

hijo querido, la ruina inesperada de una salud floreciente, el olvido e ingratitude de vuestros semejantes, la pérdida de vuestra reputación, un revés de fortuna... , catástrofes de todos los días, después de las cuales no queda otro apoyo que la cruz ni otro asilo que el templo, ni otro consuelo real más que la oración. Os compadezco, ricos y grandes del mundo, os compadezco, obreros y servidores, si, en la angustia, no saben vuestros ojos mirar del lado de la cruz; si, cuando todo falta, no saben vuestros pies tomar el camino del templo; si, en la hora en que suspiráis, vuestros labios no conocen la oración; si, en el momento en que la tierra no tiene nada que daros, no sabéis llamar a la puerta de la religión, ni conocéis ninguno de los senderos del país que habitáis. No tengo tiempo de ocuparme en religión.

¿Qué decís a esto? No pocos hay que, a vuestro lado, tienen tiempo para ocuparse en ella, no para respetarla y practicarla, sino para saquearla y exterminarla. Hay en

el mundo, a la hora presente, una vasta y misteriosa propaganda de blasfemia y de impiedad sin tregua ni descanso. Aquél a quien la Escritura llama el príncipe de este mundo, tiene su ejército y sus misioneros, que anuncian por todas partes que el cielo está vacío, que no hay Dios alguno que reciba en él nuestras oraciones, y que la nada es el fin de todo. La religión es batida en brecha con un furor que espanta aún a los indiferentes y a los escépticos. Si queréis conservarla, *preciso será defenderla*. Casimiro Perier, en su lecho de muerte, decía al joven médico que le asistía: "Joven, la religión, la religión; he ahí lo importante. Sin la religión nada. Soy yo quien os lo dice, y podréis comprobarlo. ;Tened mucho cuidado!" He aquí, el grito de los sabios, un día y otro ;Ah! no demos al mal que nos rodea un asentimiento aparente callándonos y absteniéndonos; no traicionemos la causa religiosa con nuestra inacción y reticencia. En el día de hoy, nadie tiene el derecho de decir: No tengo tiempo de ocuparme en religión.—
Monseñor Carlos Gibier, Obispo de Versalles.

Si Usted está Joven

Puede obtener una Póliza de Seguro de Vida

CON MUY POCO GASTO

Y Ud. mismo podrá recibir los beneficios en la edad

MAS CONVENIENTE

Pídanos informes de su caso particular

SIN COMPROMISO

Banco Nacional de Seguros.

Vida de la Madre Santa Eufrasia

Muerte de su madre.—La señora Pelletier tuvo el consuelo de ver que Dios bendecía la unión de su hija mayor y de estrechar sobre su corazón el primero de sus nietos. Después de una temporada de tantos sufrimientos, parecía que una era de paz se abría para la piadosa señora; pero no fué así, y una nueva prueba vino a sumergirle en la más profunda aflicción. En octubre de 1812 su hijo Constancio falleció en Soullans, a la edad de 24 años. En esta ocasión sintió toda la intensidad del sacrificio que había hecho separándola de su hija. Por su parte Rosa Virginia se estremeció de dolor, no sólo por la muerte de su querido hermano, sino por la imposibilidad de volar junto a su madre para consolarla y compartir con ella su intensa pena.

Las angustias, torturas y privaciones morales que había soportado la señora Pelletier durante la revolución, la pérdida sucesiva de sus cuatro hijos y de su esposo habían quebrantado su salud y esta última le fué fatal. Ocho meses después moría santamente en Soullans, a los cincuenta y dos años de edad, expresando su deseo de ser sepultada en el cementerio de Noirmoutier, junto a su esposo.

La noticia de la muerte de su madre fué para Rosa Virginia un golpe terrible. No haberse encontrado a su lado para cuidarla, sostenerla, escuchar sus últimas palabras, recibir sus últimos besos y recoger su prostrer aliento, le desgarraba el corazón. Quedó sumida en tan profundo dolor que casi la condujo al sepulcro; amaba tanto a su madre que durante muchos años no podía oír hablar de ella sin llorar. Huérfana a los diecisiete años, quedaba bajo la tutela del señor Marsaud, su cuñado. Su hermana, que tenía doce años más que ella, hubiera podido reemplazar en algo a su madre; pero como Rosa Virginia no había terminado todavía su educación, se juzgó más acertado que continuara en el colegio algún tiempo más. Este vacío se llenó en parte con la ternura

y abnegación de la señorita de Lignac, que tantas pruebas le había dado ya de su afecto, y en esta ocasión, derramó por decirlo así, los tesoros de caridad que encerraba su corazón, distrayéndola dulcemente y confortándola con aquellas verdades cristianas que, si bien dejan intacta la sensibilidad natural, transforman inmensamente el sentido y el valor de las lágrimas, dirigiéndolas a Dios.

La vocación al estado religioso.—A medida que entraba en la adolescencia veía la santa delinearse con fuerza y precisión aquel ideal de vida religiosa que había entrevisto el día de su Primera Comunión; aparecía ante sus ojos cada vez más luminoso el camino que Dios le destinaba a seguir y para el cual iba preparando.

La muerte de su madre contribuyó poderosamente a desprenderla del mundo, y diversas causas exteriores determinaron, con el tiempo, su vocación. Segura ya del llamamiento divino, faltaba elegir la Congregación a que debía pertenecer. Sentíase atraída hacia las comunidades de vida activa, con preferencia a las de vida contemplativa, y le parecía evidente que es estado religioso para ella no debía tener por único fin el propio perfeccionamiento, sino que había de extender su acción al apostolado para con la juventud y la niñez.

(Continuará)

ALMACEN ROMULO ARTAVIA

DEPOSITO DE ABARROTOS
Y ARTICULOS DE PRIMERA
CLASE

Precios sin competencia

Teléfono 3058

Apartado 653

La Vocación Religiosa

EN FIN, SI TODO ES INUTIL. ¡Sí, id puesto que al fin habréis de destrozarse el corazón de vuestros padres y el vuestro.

¿No os lo está pidiendo Jesús?

“AQUEL QUE AME A SU PADRE Y A SU MADRE MAS QUE A MI, NO ES DIGNO DE MI”.

Así lo comprendieron los apóstoles y dejaron todo por seguir a Jesucristo.

Así lo hicieron muchas santas....

Id también vosotras.

¡Oh, mucho os costará! Sentiréis en vuestras almas destrozados que los mayores santos han conocido. “Cuando salí de la casa de mi padre, dice Santa Teresa, sentí un dolor tan excesivo, que no creo que a la hora de mi muerte me reserve ninguna más cruel.

“Me parecía sentir mis huesos desatarse los unos de los otros... Si Dios no hubiera venido en mi ayuda, todas mis consideraciones no hubieran sido suficientes”.

c) Hay casos sin embargo, en los cuales, a pesar de sentir una vocación segura, el deber os impone dominarla y esperar.

Un padre “anciano”, una madre “anciana” e imposibilitada, de la que sois “el solo” sostén, pueden exigir que esperéis su muerte antes de obedecer a vuestra vocación. Es un impedimento verdaderamente legítimo; debéis quedaros. Hay otros análogos. Hacéis entonces la voluntad de Dios, y en espera del momento de daros a El, os santificáis. En estos y en otros muchos casos, Dios inspira a las almas el deseo de darse a El, por circunstancias que son signo cierto de la voluntad divina, no pueden realizar ese deseo. Sin embargo, por el aliento que Dios les da, por el sufrimiento nacido de la necesidad de sacrificarle al cumplimiento de otros deberes, por la subordinación en que colocan el placer de seguirle a la necesidad de dominarle, se convierte para ellas en un principio muy poderoso para su santificación.

d) Si no tenéis el valor de responder al llamamiento divino, no estaréis por fuera del camino de la salvación.—Esto no os estará cerrado. Sea cual sea el estado en que entréis, aun cuando escojáis un estado opuesto a vuestra vocación por vuestra culpa, podéis vivir cristianamente preparar vuestra entrada en el cielo.—¿Prenderéis la paz del alma? ¿Los remordimientos no envenenarán el resto de vuestra vida? ¿cómo os encontraréis en un estado que no responde ni a vuestras aptitudes ni a vuestros gustos?

e) Hay muchas vocaciones fracasadas.—Es un hecho que se puede atribuir a varias causas. La principal es la falta de espíritu de sacrificio; la naturaleza retrocede ante la inmolación. ¿Habéis visto, al principio de primavera, esos árboles hermosos cubiertos de miles de flores...? En el día de la recolección el árbol no da, sin embargo, todo aquello prometido. Los vientos le han bamboleado hasta arrancarle muchas de sus flores; las heladas colaboraron en esta obra de destrucción; y cuando el otoño llega, el número de frutos que alcanzaron la madurez está lejos de ser crecido como el árbol prometió en la primavera. Del mismo modo Dios ha sembrado muchas vocaciones en las almas, pero las tormentas de la vida, el viento de la pasión, las frialdades del egoísmo logran frecuentemente ahogar esos germenos, y Dios no cosecha todos los frutos que había sembrado.

(Continuará)

Gane dinero en casa

Sea cual fuera su actual ocupación y el lugar donde resida, nosotros le ofrecemos enseñanzas fáciles para ganar dinero en horas libres. Informes gratis a Editorial Sarda.

Casilla 981 - Bs. Aires, Argentina

Propiedades medicinales y alimenticias de las legumbres

Acelgas.—Son semejantes a las espinacas, pero éstas son superiores por sus cualidades curativas. Las acelgas son grandemente laxantes; deben ser bien masticadas. Contienen la vitamina B, o antineurítica, que es la que nos protege contra las inflamaciones de los nervios, etc., pero su gran contenido en ácidos nos obliga a aconsejar se abstengan de ellas los artríticos, obesos y aquellas personas que ya padecen de un organismo cargado de ácidos.

Cardos.—Son, como las otras verduras, mineralizadoras de la sangre. Tienen influencia sobre el trabajo del hígado y la producción de la bilis y son, al mismo tiempo, algo laxantes. Estimulan el apetito y aumentan la producción de orina. Son ricos en vitamina A, o antifecciosa.

Berenjenas.—Comidas maduras son de fácil digestión. Al mismo tiempo que algo nutritivas, son un poco laxantes. Su contenido en sales minerales y alcalizantes es

elevado, por lo que las recomendamos a los artríticos.

Ensaladas.—Las ensaladas son altamente purificadoras y mineralizadoras de la sangre. Son muy pobres en sustancias plásticas y energéticas; pero, por esto, son tanto más ricas en vitaminas y minerales. Se recomiendan para hacer una cura de purificación, especialmente en el artrismo, gota, reuma, obesidad, diabetes, tumores, úlceras, etc. Las ensaladas tienen la ventaja sobre muchas verduras, de poder comerse crudas, lo que evita su preparación culinaria, que altera siempre algo su valor natural. Su digestibilidad depende mucho de los condimentos, por lo cual recomendamos usar solamente un poco de aceite puro, con o sin limón, sal en pequeña cantidad, si es que se quiere usarla. No a todos conviene el limón en la ensalada. Especialmente las personas obesas deben comer más ensaladas crudas que verduras cocinadas.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica

Don Francisco Coto Cespedes

Verdaderamente sentido en la ciudad de Cartago, el fallecimiento de don Francisco Coto Céspedes, cuya vida fué un ejemplo de honorabilidad y de trabajo. Su gran corazón y su profunda fé religiosa lo hicieron acreedor al cariño y respeto de todas las personas

que lo conocieron. Enviarnos nuestro más sentido pésame a sus hermanos y a toda la apreciable familia doliente. Rogamos envíen oraciones por el descanso eterno del alma de don Francisco.

FUEGO!

¡NO SE EXPONGA!

FUEGO!

Una instalación de extinguidores

au-to-má-ti-cos

SHUR - STOP

ES MUY EFICIENTE, Y A LA PAR, ECONOMICA

Consúltenos:

ALMACEN KOBERG

Coopere con el Cuerpo de Bomberos aminorando las posibilidades de incendio. Contribuye a la Victoria si conserva lo que tiene.

Tienda BETINA

BETTINA DE HOLST HIJOS

Se complace en ofrecer: Manteles estampados en colores firmes. Encajes valencianos y pasacintas. Gran variedad de flores para vestidos.